

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 20 DE AGOSTO DE 1922

NÚM. 19.828

DON NUÑO EL CONSPIRADOR

NOVELA CORTA ORIGINAL DE FRANCISCO CAMBA

Hoy ya puede decirse que don Nuño salió realmente de Fontevea con el propósito de matar al presidente de su República. Nuño Alvar había llegado a la vieja ciudad casi fronteriza días después del atentado contra los reyes y el triunfo lamentable de la revolución. Monárquico ferviente, nacido en casa que desde los tiempos iniciales de la monarquía era como una posesión del real patrimonio, consideró los sucesos de entonces una desgracia horrible, y abandonando la tierra nativa se estableció en Fontevea, desde donde, con sólo alargar un poco los paseos de las tardes, podía darse a diario el consuelo de contemplar en la lejanía el río común a los dos países y los montes bonitos de la patria tan amada.

Tan fácil como le hubiera sido—hombre de su abolengo y de su historia—abrirse en la hidalga ciudad las puertas de las mejores casas, rehuyó, sin embargo, toda clase de relaciones. Había llegado sólo al hotel, sólo comía en una mesa apartada; sólo salía a emprender sus largos paseos. Algunas veces tardó tanto en dar la vuelta, que Fontevea, interesadísimo por aquel hombre, comenzó a preocuparse. De la patria del forastero llegaban rumores de agitación, hablábase de una posible restauración monárquica y ya no hubo dudas.

—Don Nuño, conspira.

Toda la ciudad le llamaba así. Al enterarse de su bello nombre clásico, había decidido anteponerle el aditamento de aquel don que tanto le aumentaba el carácter. Y nadie le tomó ya a mal su mutismo. No era un desprecio, no. Enterada la gente de cosas que don Nuño había hecho, nada tan justo como aquella preferencia por la soledad fecunda siempre. Don Nuño no podía presenciar insensible las desgracias patrias, y algo andaba tramando. Aumentóse incluso la simpatía que el silencioso hombre inspiraba, y apenas hubo ocioso de las calles ni viandante de las carreteras que dejase de descubrirse al paso de aquel individuo, flaco y alto, cuyas manos, sujetando a la espalda el bastón, tenían por veces un temblor leve, y cuyos ojos azules, de un azul sereno y profundo, ni aun volviéndose hacia quien saludaba parecían verlo.

Un día supose que don Nuño acababa de realizar todas sus herencias, y más tarde que estaba en las montañas de An-

dría, capitaneando un grupo de compatriotas, hidalgos como él y como él descontentos del cambio de régimen. Aquel movimiento generoso fracasó, debido a que don Nuño no quiso hablar siquiera de una traición a cambio de dinero ofrecida. Y el conspirador tornó a refugiarse en Fontevea, un poco encorvada ya la prócer estatura, desmayados y tristes los largos bigotes, más temblorosas las manos aferradas al bastón, manos que, de no hallarse tan cerca los ojos ensoñados y todavía juveniles, creeríanse las de un verdadero viejo. A poco de entonces, el gobernador le llamó. Lamentándolo mucho, no tenía más remedio que obedecer órdenes.

viviendo en la vieja ciudad, estimado de todos, aunque sin tratarse aún con nadie. Solo comía en el hotel, solo cruzaba las calles, solo salía a pasear hasta la altura desde donde le era dable contemplar la tierra nativa. ¿Solo? Llevaba siempre consigo sus pensamientos y sus ansias, y de alguien oírle, hubiera podido averiguar que le acompañaba un mundo.

Una tarde, don Nuño estuvo a punto de perder de nuevo su libertad. Ya casi de noche, volviendo del paseo, oyó unos gritos angustiados, y vió a un individuo a quien otros dos, vestidos de uniforme,

mento pensó en quién pudiera venir de tan lejos a tan triste y poco importante ciudad. Algo femenino parecía irradiar del lujo del equipaje, y durante la cena, por primera vez en tanto tiempo, levantó los ojos del plato a cada nuevo ruido por el comedor.

Entraba la gente de siempre, la gente que don Nuño no necesitaba mirar para verla: el alto empleado, el jefe de ejército, el viajante de comercio, la pareja de recién casados... Y ya atacaba don Nuño la sabrosa tarta del postre, cuando una emoción le impidió de repente todo movimiento. La puerta de cristales acababa de abrirse una vez más, dando paso a una mujer sobre cuya procedencia no tu-

vo duda. Era ella, era la persona del misterioso equipaje. Entraba sola, indiferente al espectáculo que el comedor pudiese ofrecerle, y, lánguidamente, fué a sentarse en una mesa no lejana de la de don Nuño, quien la consideró una de esas bellezas que deslumbran con sólo su presencia como un sol irresistible. Así y todo, pudo apreciar detalles. Vestía con modestia, pero el traje era de impecable corte. Manos tan blancas, tan cuidadas, tan finas, no las había visto don Nuño jamás. Y todo en ella, lo mismo sus menores movimientos que sus más insignificantes ademanes, hablaba de persona muy habituada a la vida amplia y triunfadora.

—¿Quién será?—se preguntó mil veces don Nuño.

Y palideció de repente, oyéndola decir algo al mozo. Era extranjera, realmente, como creyó hasta entonces. Pero acaba de oírle, y de descubrir en aquel acento patentes inflexiones de su idioma patrio. Nacidos los dos en la misma tierra, ¿de dónde venía? ¿Por qué aparecía en aquella ciudad vecina de su patria, mas no forzoso paso para ella? Mientras la mujer permaneció cerca, don Nuño, no obstante haber terminado tiempo hacía el café, no tuvo fuerzas para abandonar el comedor. Al levantarse la dama, se levantó también, como movido por un resorte oculto, y, sin darse cuenta, la fué siguiendo, prendido a la estela de su belleza y de su gracia. En el vestíbulo volvió a escuchar su voz. Preguntaba si habían traído unas cosas, daba unas órdenes, exigía unos cambios, necesitaba otra mesa; no quería el cuarto de baño tan lejos... Se marchó, al fin. Comenzó a subir la escalera, esbelta y rítmica.



—Se trata de internarme, ¿verdad?

—Sí, señor. El Gobierno de su patria así se lo exige al mío. ¿Me da usted palabra...?

Don Nuño atajó noblemente:

—De nada. Tan pronto pueda, estaré volviendo, estaré conspirando...

Pero no tuvo necesidad de alejarse.

Fontevea se opuso terminantemente a aquella arbitrariedad del Gobierno. Ocultó al conspirador en su casa más noble, y, por fin, como don Nuño hablase de preferirlo todo a un encierro, que además de rebajarle ante sus ojos le hacía estéril para la causa, y una noche se le encontró en la calle ocultando los bigotes tras una bufanda, y, por lo tanto, diciéndole más quién era, volvió al bien inapreciable de la libertad. Fontevea, el jefe político de Fontevea, acababa de dar a entender claramente al gobernador que cualquier contratiempo en la vida de don Nuño sería su cese. Y don Nuño siguió

apaleaban despiadadamente. Don Nuño corrió hacia éstos, enarbolando el bastón.

—¡Canallas! ¡Miserables! ¡Apalead así a un hombre indefenso!

—Es que lo hemos encontrado robando esas gallinas...

—Pues llévanselo detenido. Pegar, no se pega.

Y como los guardias, molestos por la lección, se encogieran de hombros y tratasen de continuar su obra, el conspirador enzarzase con ellos a bastonazos. Huyó el ladrón, y don Nuño fué detenido. Afortunadamente para él, eran municipales los guardias, y el gobernador le dió inmediatamente suelta, pensando tan sólo en ponerle vigilantes que le librasen de las cóleras del peligroso sujeto. Pero nada de esto hizo falta. Volviendo don Nuño del Gobierno, al llegar, con luz todavía, al hotel, vió en el vestíbulo unas maletas lujosas, que tenían pegadas etiquetas de caracteres extraños. Un mo-

Contra su costumbre, don Nuño dirigió al mozo la palabra.

—Parece que esta señora viene para muchos días.

—Creo que sí.

—¿Y de dónde? ¿Se sabe?

—Eso no, señor.

Todo el resto de la noche don Nuño no pensó en otra cosa que en la bella mujer. Algo, desde fondos insondables de la conciencia, se la presentaba como una conocida de tiempo. Por veces, durante su insomnio, entreveía casi la influencia que había de tener en su destino, y bruscamente una gran claridad pareció hacerse delante de él. Acababa de recordar cierta historia que tiempo antes había corrido por todo su país: la historia de un conde ruso que por allí aparecía en busca de una mujer con quien compartir corona y riquezas, y se unía a la hija mayor de los marqueses de Palmalla, famosa en todo el territorio por su belleza; más aún por su carácter extraño y el gran espíritu independiente que tenía.

Después, no dejaron de llegar noticias respecto a Aurea de Palmalla, en las cuales seguía triunfando el carácter extraño y altivo. Aurea se había separado del conde, a cuyo despotismo de gran señor, educado en tiempo de esclavos, no lograba avenirse, y, por último, corrió el rumor de que andaba mezclada con los terribles revolucionarios rusos. Y la claridad siguió destacando visiones y don Nuño recordó otras noticias.

—No todo—se dijo—fué generosidad; no todo lástima de los oprimidos.

Cuando el triunfo de una revolución reciente, que en su país había impuesto la actual república, fué detenido, y muerto tal vez, cierto Sousa, defensor ardiente del gobierno derribado, y cuya varonil belleza impresionó a todas las mujeres del territorio. Entonces se habló mucho de este individuo, llegando a decirse que había aprendido en Rusia sus procedimientos revolucionarios, y que por él una gran dama abandonaba el palacio conyugal, lanzándose a una vida de peligros y aventuras. ¿Y quién podía ser la dama sino Aurea de Palmalla? Todo se le mostró entonces nítido a don Nuño. Lejana ya la historia de Sousa, olvidado el amante por quien abandonó tantas cosas y a tantas se expuso, desengañada tal vez de otros amores y quizá perseguida en la tierra del marido, venía buscando las dulzuras y los consuelos del país natal. Venía buscándolos, y al encontrarse con que su monárquica familia estaba también proscripta del territorio, adoptaba un acuerdo parecido al suyo, instalándose en aquella amable cercanía para esperar el momento, tal vez no muy lejano, de dar el paso decisivo hacia la patria. Sí, no muy lejano. Al gobierno intransigente y violento de los primeros años de república había sucedido este otro, que si a alguien perseguía era a los partidarios del anterior, y comenzaba a considerarse un tránsito para la restauración monárquica. El nuevo presidente, joven aún, hombre de estudios, con largas residencias en las grandes capitales del Extranjero, patriota fervoroso y capaz, sin duda, de todos los sacrificios, acaso se hubiese dado cuenta de que allí la paz, la verdadera paz, la que devolviese al país su esplendor antiguo, sólo con la monarquía era posible.

Al día siguiente, don Nuño no tuvo ya dudas de que su vecina de hotel fuese, en efecto, Aurea de Palmalla. En el tomo encuadrado de una vieja revista con que consolaba a veces las nostalgias del destierro, acababa de ver una información de la casa del marqués, y en una de las fotografías a la mayor de las hijas, con la misma expresión inteligente y ardiente que tenía el rostro de la forastera de Fontevéa. Y por la tarde, después del ca-

fé, aún ambos en el comedor, se animó a hablarle, a ofrecérsele.

—Somos compatriotas, señora. Nos unen muchos sentimientos comunes, y quiero decirle que no está sola en esta tierra. Si algo necesita...

¿Y qué feliz fué don Nuño aquella tarde! Aurea de Palmalla conocía punto por punto toda su historia, la historia de sus generosidades, de sus arrogancias de muchacho y la de sus grandes hechos de hombre en favor de la patria, cuando la vida de ésta sufrió cambio tan lamentable y brusco. Gracias a él y a quienes por obra de su ejemplo no vacilaban en riesgos ni sacrificios, aún podía haber alguna esperanza. Todo, todo lo sabía Aurea. Sabía que nadie animó tanto como don Nuño el sagrado fuego de la protesta. Y le dijo más. Dijo que le había admirado desde lejos, y muchas veces se sintió satisfecha de aquel hombre, verdaderamente orgullosa de él...

Y al decirse, le clavaba los ojos, unos ojos oscuros, casi negros, pero donde relucían extrañas chispas doradas. Le clavaba los ojos cariñosamente, y al fin suspiró con melancolía:

—Desgraciadamente nada de cuanto hasta ahora se ha hecho tendrá eficacia ninguna. Dueños del ejército los republicanos, dueños de todo, no puede esperarse el triunfo con las batallas.

Desde entonces tuvo don Nuño un compañero, el más gentil y bonito compañero del mundo para sus paseos de las tardes y para sus sobremesas del hotel. Fontevéa, romanesca y lírica, creyó que se trataba de alguna enamorada, incapaz de soportar por más tiempo la vida sin aquel hombre tan digno de ser amado, y que, saltando por encima de los prejuicios y por encima de todo, acudía a confortarle con su presencia. Y nada lamentaba ya tanto don Nuño como que esto no fuese verdad. Aurea de Palmalla le habló inmediatamente de su carácter, cual con el propósito de matar en don Nuño cualquier posible esperanza de otro sentimiento que la privase de la dulzura de su amistad. Había sufrido mucho, según le dijo; había sido víctima de crueles desengaños, y si algo le interesaba en la vida, no era ciertamente el amor de los hombres. Sentimientos más altos, aspiraciones menos egoístas, la llenaban enteramente el corazón. Y detenida sobre aquel monte, que era siempre la meta de sus penas, viendo en la lejanía humear los caseríos de la tierra nativa, suspiraba a veces de una manera extraña, enigmática:

—¡Oh! ¡Hacer enteramente la felicidad de ese pueblo querido!

Y una tarde añadió:

—Si yo pudiera entrar ahí, creo que no vacilaba en medios.

Nada esperaba, nada quería del amor, y don Nuño repetía que para él era tan sólo un amigo, un camarada, que nunca hablaba con él de otras cosas que de altos asuntos políticos, y ni por las noches siquiera, al acompañarle al través de las calles desiertas, daba otro sesgo a la conversación. Pero era un amigo terrible, un amigo con unos ojos adorables, con unos labios rojos e incitadores, con un cuerpo elástico y sinuoso, que no podía contemplarse en calma. Don Nuño llegó a pretender advertirlo. Mas por mucho que dijese, por audazmente que se le insinuase, aquella mujer parecía no darse cuenta de nada, como muerta realmente para las delicias de la vida. A solas con él, en su misma habitación, dejaba por veces en aquel abandono, en aquella confianza de amigos, de velar a la ropa encantos recónditos de su cuerpo: le abrasaba con tales visiones y con las miradas ardientes de sus ojos.

Pero, aun así, su conversación era únicamente de política, se refería tan sólo a la patria.

No tenía confianza alguna en el presidente actual. Le parecía, por el contrario, el peor de todos los gobernantes que allá hubo. Era un tirano que llenó las cárceles, sembrando la desolación por todo el país y al mismo tiempo dificultando, con sus apariencias de hombre de orden, la labor de los restauradores, aquietándolos y haciéndoles concebir esperanzas quiméricas. Y cierta noche, casi caída la bata que ordinariamente tan mal le cubría los hombros, se desmelenó el pelo con un movimiento brusco de cabeza y ahincó en don Nuño los ojos, más grandes, más bellos, más refulgentes que nunca.

—¡Oh, si entre nosotros hubiese gente como en las tierras de donde vengo! ¡El crimen, el crimen de apariencia más horrible, puede ser una cosa santa!...

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó, temblando, don Nuño.

Aurea se animó. Cruzó las piernas dentro de la bata, la bata leve que dejaba traslucirlas, inclinó hacia él su cuerpo en posición que más agrandaba el escote y, levantando la cabeza, le ahincó los ojos graves y atentos.

—No ha habido nunca hombre tan fustado en nuestra tierra, y es locura pensar en combatirlo con una revolución. Tiene demasiado engañada a la gente. Sólo el crimen puede salvar al país. Muerto ese hombre, vendría acaso la restauración monárquica; vendría, si no, una república más digna, más limpia. Vendría, de todos modos, una era de paz. ¡La muerte de ese hombre! ¡Qué no haría, qué no daría yo por ella!

Don Nuño retrocedió un poco, como quien se siente al borde de un abismo. Aurea siguió hablando, defendiendo su idea, haciendo la apología de aquel crimen. Tal vez a simple vista repugnase el pensamiento de acechar el paso de un hombre para matarlo a traición. Ninguno de sus enemigos rechazaría, en cambio, la idea de darle muerte, incendiando, después del combate, el castillo donde hubiera buscado refugio. ¿Y qué diferencia esencial había entre los dos procedimientos? Bien mirado, acaso fuese más noble todavía el primero, que limitaba el desastre a la muerte de una persona, a la de dos en el caso más desgraciado; pero evitaba la de miles y miles de infelices. Todo, todo lo daría ella por quien se atreviese a tanto.

Y levantándose, apenas cubierta por la leve tela de la bata, repitió con gravedad prometidora, insufrible:

—¡Todo!

Estaba don Nuño separado de ella por la mesita de centro, en la cual tiempo antes le había servido Aurea una copa de vino generoso. Por hacer algo, por echar alguna cosa fría en aquel incendio interior que le devoraba, don Nuño alzó la copa, la sujetó entre los dedos y, antes de beberla, un instante miró a la mujer, que repetía:

—Todo. Creo incluso que volvería a amar, que le amaría como no amé a nadie...

Don Nuño siguió mirándola, sin parpadear, fijos en ella los ojos. Mil ideas pasaron, en confuso y violento tumulto, por su imaginación, haciéndole temblar entero. Tenía la copa sujeta en el hueco de la mano, entre los dedos, crispados y convulsos, y la opresión fué, de pronto, tal, que el vidrio se rompió en mil pedazos, derramando el líquido, clavándosele en la carne.

Aurea corrió hacia él.

—¿Qué es esto? ¿Cómo ha sido esto?

Le lavó la herida, le vendó la mano con uno de sus perfumados pañuelos de

seda. Y le sonrió después con algo de piedad y tal vez un poco de burla.

—No se trata de obligarle a nada, querido amigo; no se asuste.



Al otro día salieron a dar su paseo habitual. Don Nuño iba un poco pálido, con hondos ojeras, con abundantes señales de la noche terrible que había pasado. Aurea, más bella aún que hasta entonces, y vestida casi suntuosamente, como para la fiesta en el más lujoso parque, no para un paseo por aquel campo humilde. Apenas hablaban. Al dejar la carretera, siempre con gente; al adentrarse por los solitarios caminos del monte, fué cuando don Nuño murmuró con esfuerzo visible:

—Tal vez tenga usted razón. Tal vez deba sacrificarse a la patria incluso el horror de esa idea a la cual difícilmente me acostumbro. ¡Matar a un hombre! ¡Matarlo fría y arteramente! ¡Consentir que el limpio nombre de uno quede en la historia como el de un asesino! Pero, sí. Acaso ni en ese sacrificio espantoso deba repararse.

Hablaba tristemente, con inflexiones extrañas en la voz, más como el que, ya realizado el crimen, camina hacia el cadalso, que como quien piensa en cometerlo. Ni por un instante caldearon sus palabras la pasión ni el entusiasmo, sin los cuales casi no se concibe la posibilidad de ciertas acciones. Y terminó lanzando al fin la palabra suprema:

—Sea.

—¿Cómo? ¿Usted?

—Sí, yo. No tengo ya voluntad. No sé ciertamente si esto es bueno o es malo. Pero sé que usted lo quiere. Y estoy seguro de que tratándose de algo peor, de un simple y vulgar asesinato, lo realizaría igualmente.

—¡Oh! Entonces...

—Sí; todo está dicho ya entre nosotros. La amo a usted; la amo locamente, y pongo mi vida y lo pongo todo al servicio de este amor.

—Gracias. Y esté seguro de que a su vuelta...

Don Nuño atajó, resuelto y grave:

—No prometa nada. Difícilmente volveré; no me hago ilusiones, y no es la esperanza del premio lo que me lleva. Difícilmente vuelve quien, como yo, parte para quitar la vida a un jefe de Estado, y, sobre todo, a un jefe que tiene tantas simpatías. Realizado el crimen, es difícil salir con vida de entre la multitud indignada, y si esto se lograra, todavía quedan al criminal las dificultades para ocultarse en una ciudad hostil a su obra. No, no vuelvo. Pero si volviese, ¿cómo podría usted premiarme? ¿Con un sacrificio que repugnase a su espíritu y a su carne tal vez? ¿Con un instante de amor por usted concedido como un martirio verdadero? No; la amo demasiado para conformarme con tan poco. Esto que voy a hacer lo evitaría, gustosísimo a cambio de mil vidas, si mil vidas tuviera, y, sin embargo, no vacilo. Usted lo desea, usted lo considera la salvación de la patria, y no hace falta más. Quiero únicamente que usted sepa esto y que la patria pueda algún día agradecerle a usted su ventura.

Volvió a mirarle Aurea con otra expresión, con una luz más grave en el fondo de sus ojos. Le tembló un poco la voz, hasta entonces segura, al decirle:

—Haga todo lo posible por volver.

Y añadió, ensoñadora, perdida el alma en insondables lejanías:

—¿Quién sabe!



Veinticuatro horas más tarde, en la noche misteriosa y alta, iniciaba don Nuño la ruta de su destino. Pasó el río,

y allá fué, iluminada el alma, para sostenerse en la idea con la luz de los divinos ojos de Aurea. Domiciliada aquella mujer tanto tiempo en países donde la injusticia social, más visible y más amarga, da otro sentido a ciertos actos de los hombres, sabía cuánto, en determinados momentos, puede valer el crimen de apariencia más execrable. Aurea era como una diosa exenta por completo de toda mezquina consideración humana y atenta tan sólo a vivir los ideales altos y eternos. ¿Por qué no obedecerla ciegamente entonces? ¿Por qué aún aquella angustia en el fondo del corazón? Y otros pensamientos se entrecrocaban con éstos en el alma de don Nuño. Realizada la idea, estaba casi seguro de no volver, de ser otra víctima de su crimen, de caer muerto como por la misma bala de su revólver. ¿Pero y si esto no ocurría? ¿Y si un milagro le salvaba?

¡Qué bella y radiante su vida desde entonces! La vuelta a Fontevea, la vista otra vez de los ojos de Aurea, y ya, acaso, iluminados eternamente para él con aquella luz que tuvieron en la tarde de su despedida. El era ya uno de los hombres de que tanto le hablaba, dignos del más grande amor de las mujeres. Una vez le había dicho: «Nosotras hemos sido siempre el premio verdadero del héroe, y el héroe actual no tiene que ganar batallas, sino salvar pueblos.» Y conociendo su firme propósito de oponerse al sacrificio, de no aceptar la apariencia del amor, había añadido, sin embargo, con aquella voz ensañadora, donde descubría ya reflexiones de ruego:

—¡Vuelval!

¡Oh si volviese, si pudiese volver!

Tuvo suerte don Nuño. Atravesó el territorio sin que nadie le conociera y pudo ocultarse algún tiempo en la capital, preparándose para la obra. Días después, al levantarse, supo que el presidente asistía por la tarde a unos ejercicios militares, y que por la noche marchaba a visitar unos pueblos enfermos y hambrientos. Marchaba con dinero, con víveres, con medicinas, para repartir todo esto personalmente, y, así, hacerse perdonar acaso los excesos de su mano dura. Pálido y resuelto, don Nuño fué al campo de las maniobras, con objeto de fijarse bien en él, pues apenas lo había visto hasta entonces. Luego, al día siguiente, saldría para las tierras de su visita. Y allí...

Disfrazado de mendigo, de vendedor ambulante, tal vez llamase la atención. Prefirió pedir un automóvil y acudir sin disfraces, como tantos otros curiosos. Fué un buen pensamiento. Sin que nadie le molestara, llegó al sitio donde las maniobras se iban a celebrar. Por la larga carretera pasaban largas filas de tropas. Pasaban a veces automóviles de otros espectadores y automóviles del Ejército. De tiempo en tiempo, un oficial, un correo, corría a caballo, despa- vorido. El coche de don Nuño se apartó hacia la cuneta, en la mayor elevación del paisaje. Al través de los valles venía, de las montañas distantes, un aire duro y recio, que se le metía por los pulmones como si le diese a comulgar la esencia de la tierra, y con sus ruidos parecía hablarle de cosas inefables. En esto, más tropas, y bruscamente, un automóvil, un enorme automóvil, que se detiene a pocos pasos, y en el cual hay tan sólo un viajero. Don Nuño no tuvo duda. Era él.

Allí estaba, a tan breve distancia de su asesino, ignorante de los planes que éste abrigaba en el corazón. Allí estaba, incorporado sobre el asiento, extendiendo por la vastedad de la campiña la mirada acariciadora de sus ojos. Alto y delgado, todo fibra, joven aún, de breve bigote y el pelo apenas plateado sobre

las sienes, parecía, con su uniforme militar de campaña, un sencillo oficial de aquellos batallones por el anchuroso campo dispersos. Pero era él, era. Tenía toda la arrogancia que en los retratos, y, como en ellos, sostenía entre sus manos el bastón de borlas, cual pudiera sostener el cetro el rey más seguro de su mandato divino. El generoso viento de las sierras lo envolvía también, y también le hablaba, y también, seguramente, en el alma se le metía.

Y don Nuño tembló. Aquel hombre no era un ambicioso vulgar, un vulgar detentador de poderes. Llena su alma de un gran sueño, vivía con la ilusión de serie útil a la patria. No reparaba tampoco en sacrificios, y menos que en ninguno, en el de la vida. Sabíase objeto de un odio sereno y vigilante. Una vez estuvo envenenada la comida de su palacio: otra, le detuvieron el automóvil, mientras de la sombra partía una descarga cerrada; más tarde, el tren presidencial hacía alto en un sitio junto al que, sobre un abismo, habían sido levantados los rieles... Por verdadero milagro pudo salvarse de estas asechanzas todas. Y ahora, no obstante, aquí estaba, solo, sin guardias, indefenso, entregado a quien quisiese hacerle mal. El mismo, tenía otro propósito que el de matarlo? Con sacar el revólver del bolsillo, el tiro era casi infalible. Y allí, al alcance de sus balas, seguía el presidente, tranquilo, sereno, sonriéndole casi, cual si la grandeza de su intención le pareciese un escudo invulnerable.

Tembló, tembló don Nuño considerando más horrible que nunca aquello para lo cual venía. Mil vidas que tuviese, las hubiera dado en el acto por no haber adquirido tal compromiso. ¡Si siquiera le fuese dable provocar al presidente a un duelo y llevarlo a morir sabiendo su peligro y pudiendo defenderse! ¡Pero matarle a traición! Estuvo por darle cuenta de sus propósitos, y añadir: «Yo no me voy sin haber hecho esto, no me sería posible; hay una voluntad muy superior a la mía que lo desea, y es quien me manda... Pero ahora estamos solos, y ella no me ve, y yo puedo decirle a usted todo esto y rogarle que se defienda...» Un instante pensó de veras acercarse y hablar así. Pero entonces mismo se inició un movimiento en el otro automóvil, y el automóvil allá se alejó con el presidente, erguido sobre el asiento, mirando aún las vastas tierras

extendidas a un lado y otro, y como acariciándolas con su mirada, como sembrando por ellas la generosidad toda de su sueño. Don Nuño, con mano trémula, se limpió el sudor de la frente angustiada.

—No hay salvación. Tendré que ser un asesino.

Desinteresado ya de los espectáculos que cerca se le ofreciesen, dió al automóvil orden de alejarse. Atravesó cam-

pos, vastitudes enormes. Dejó así que la noche cayese. Ya cerrada, muy cerrada la noche, terminadas las maniobras, apagada la vida en el campo, volvió a la capital. Sobre el cerro de la estación, ante la misma boca de la nave, término del túnel por donde se enhebraban los trenes hasta aquel sitio, vió el farol de cola de un convoy. Miró la hora. Las once. Debía de ser el tren presidencial, el tren en seguimiento, del que no tardaría en marcharse. Desde una calleja oyó luego unos tiros lejanos, a los que no dió la menor importancia. Tres, cuatro detonaciones seguidas. Luego, alguna más, y, de pronto, todo callado, todo otra vez en silencio... Tortuosas las calles, casi obstruidas aquí y allá por otros vehículos, tardó en llegar al hotel. A la puerta había un largo grupo de gente. Nuevos grupos veíanse por la plaza anchurosa. Fragmentos de una conversación le hicieron incorporarse de pronto sobre el asiento.

—En el instante de subir al vagón, cuando llevaba la mano al kepis para despedirse... una de las balas le dió en mitad del pecho...

Mandó parar el automóvil, se mezcló a los grupos, preguntó, anhelante:

—¿Qué ocurre?

—Que acaban de matar al presidente.

Instintivamente se miró las manos con espanto. No comprendía que no tuviesen sangre, que no estuviesen manchadas por el humo de la pólvora. Olvidó la agria y tenaz persecución contra aquel hombre. Le pareció que sólo él había concebido la idea de matarlo, y era su voluntad, irradiando a otras, quien la realizaba. Aquella decisión tan firme con que salió de Fontevea, se convertía en algo casi material, con existencia fuera de sí propio, y eran las vacilaciones de la tarde, el casi abandono de la obra, la certeza recóndita de no realizarla nunca, lo que apresuraba las manos del sér misterioso y monstruoso en quien su voluntad se había convertido... No pudo permanecer en el hotel. To-

dos allí lamentaban la extinción de aquella vida, promesa la más luminosa hasta entonces de paz y venturanza. Todos execraban el crimen, y le pareció que las violentas condenaciones sólo a él se dirigían. No oyó siquiera una voz que le diese un sentido patriótico; no llegó a sus oídos la más leve palabra de disculpa. Todo eran anatemas, todo peticiones de los mayores males para los asesinos. Salió, necesitado de irse...

Acababan de dar las doce, y la enorme ciudad estaba totalmente desierta. No se veía un alma por las calles enarenadas de poco antes como en la espera de más graves sucesos todavía. Un silencio trágico y de muerte parecía gravitar sobre las casas, sobre todo... Volvió hacia el hotel. Desde lejos vió a la puerta una patrulla de soldados. Tuvo miedo, y se alejó. Se alejó... Quedaron atrás las calles del centro; quedaron las de los suburbios; comenzaron a aparecer, a un lado y otro del camino, casas de campo, tranquilas entre sus árboles, a la claridad de las estrellas. Las luces de la estación, con un tren allí detenido, aparecieron de pronto ante sus ojos. Un hombre, en cuya presencia no había reparado, le gritó:

—Corra, que no lo alcanzamos.

Corrió automáticamente; tomó billete para el mismo sitio que aquel hombre, diciendo sin darse cuenta:

—Otro.

Y al poco tiempo, más campos atrás, algún pueblo en cuya estación el tren se detenía unos minutos para de nuevo rodar tumultuosamente, y pronto el día, anunciándose con claridades lividas por sobre la cresta de los montes, y luego un ruido metálico bajo el tren, y allá abajo, a profundidades de abismo, un río turbio y ancho, por donde se deslizan unas barcas cargadas de flores. Y vuelve a correr el tren, y otros trenes pasan en dirección contraria, llenos también de flores como las barcas del río. Son, según le dicen, para el entierro del presidente. Enterado ya de la catástrofe, el país está deshojando piadosamente todas sus flores... Y quedan atrás más campos, más pueblos, y otro río aparece, un río claro y que don Nuño cree reconocer. Sí; no tiene duda: es el río por cuyas aguas tantas veces navegaron sus pensamientos. Más allá hay unos montes cuyas formas no le engañan. El tren, al fin, se detiene en la estación fronteriza. Y la portezuela se abre y unos policías entran.

—¿Cómo se llama usted?

Casi no esperan que responda, que diga su nombre ni de dónde viene. Lo saben ya. Saben cuándo salió de Fontevea, de qué modo extraño dejó el hotel la noche antes; están enterados de su historia, de su vida de conspirador fuera de la patria, y le sacan violentamente y lo empujan a culatazos, mirándole con mirada torva, diciéndole con sonrisa aviesa:

—Cállese, cállese, que ya cantará.

Las autoridades tenían la seguridad de que don Nuño estaba enterado de todo. De los autores del atentado nada podía sacarse, muertos dos de ellos ante su propia víctima y huido el otro. No se sospechaba que éste fuese don Nuño, conociéndose bien las señas del fugitivo. Pero la presencia de don Nuño Alvear en la capital, hecho del que se tuvo noticia la noche del crimen, hizo señalarle como director del complot. Ahora se le exigía la confesión y, sobre todo, el nombre de sus cómplices.

—No sé nada; ya lo he dicho. No tengo nada que ver con eso...

Quedó encerrado, entre asesinos y malhechores de toda laya, en la cárcel de la villa, una antigua fortaleza de muros



formidables. Al principio se le tuvo en una verdadera mazmorra, donde le aplicaron los tormentos más horribles. Le daban a comer pescado salado y luego le negaban el agua; le obligaban a estar de pie días y noches, para dejarlo al fin tumbarse, rendido y como muerto, sobre el lodo húmedo y acre del piso.

—¿Aún no dice?

—Nada puedo decir...

Y estaba ya tan flaco, convertido en tan triste esqueleto, que temieron verlo fírselo de las manos con el secreto sin revelar. Entonces lo sacaron a más humana celda. Tenía una ventana, cerrada con recios barrotes, pero desde donde don Nuño podía gozar la contemplación de un pedazo de calle, una rinconada tétrica, al fondo de la cual un Cristo enorme y todo lleno de sangre erguía los ojos hacia el cielo. Y noches después recibió don Nuño una sorpresa que casi le heló la sangre. Estaba apoyado en la reja, gozando la frescura de la calle, más allá de la cual latía la vida del villorrio, cuando le pareció que los barrotes cedían. Tuvo, no obstante, paciencia para esperar la claridad del alba. Con corazón tan agitado, que al latir parecía lastimarse contra las paredes del pecho, se acercó, ya el día en la ventana, hacia los barrotes. ¡Y qué alegría tan grande! No se había engañado, no. Todos ellos estaban segados con trabajo de lima, delgada como un hilo, por algún otro preso a quien sorprendió en su obra la libertad o la muerte. Sólo en la médula de los barrotes, otro hilo, un hilo del hierro, podía sostenerlos con tal apariencia de cosa segura. No debía de ser obra muy difícil la de hacerlos ceder, y no era tampoco locura la esperanza de perderse por aquellas calles y encontrar una barca donde pasar el río. Al alcance de su esfuerzo estaba casi la libertad y con ella tal vez el premio de la obra no realizada por sus manos, pero igualmente cumplida y que de tan duro modo estaba pagando...

El empleado que le traía la comida a aquella celda, llegó al cabo de unos momentos con dos hombres más. Uno de éstos le preguntó si, por fin, declaraba.

—Lo he declarado ya todo.

—Pues entonces...

Claramente le dieron a entender que volverían los tormentos de los días primeros y acaso algo peor, ya que de la prolongación de su vida nada, por lo visto, podía esperarse. Don Nuño, lívido un instante, al saber que por aquel día aún no le cambiaban de celda, tuvo en el rostro una expresión de inefable alegría. Y apenas desaparecidos los guardias, el empleado, que no le había apartado los ojos durante la conversación, volvió a entrar en la celda.

—Veo que ha descubierto mi secreto, y sólo le pido que no lo eche todo a perder. Espere a mañana. Aunque está decidido su fusilamiento, mañana aún no lo fusilarán, y por la noche partiremos juntos.

Y respondió a la asombrada pregunta de los ojos de don Nuño diciéndole que él no era un empleado, sino un preso, un preso político, al principio tratado también muy bárbara, muy rudamente, pero ya con la libertad prometida para muy pronto, y que gozaba de ciertas consideraciones, hasta el punto de vigilar a otros presos. Contrario en ideas a don Nuño, no habían vacilado en fiárselo.

—¿Por qué huye entonces? ¿Por qué se expone a los peligros de la fuga?

—Porque desde la llegada de usted, desde que de usted se habló tanto, supe una cosa y ya no puedo esperar, no me es posible...

A la noche siguiente, entró aquel hombre en la celda.

—Vamos ya...

Vueltos los barrotes, franqueada la

ventana, se deslizaron por el muro bajo y pronto estuvieron en las calles de la villa. El centinela de un postigo alejado, unido un día al compañero de don Nuño por el mismo sueño de revolución y de gloria, los dejó pasar, afrontando el riesgo de hacerse sospechoso y de la muerte. Ya en el campo, don Nuño oyó la voz de su compañero.

—A prisa.

—Todavía hay peligro. Mejor será ir despacio por ahora.

—Mejor será, realmente. ¡Pero tengo tales ansias de llegar al otro lado! ¡Si usted supiera!

Pronto lo supo don Nuño. Al reparar en la alta estatura de aquel hombre y en su varonil belleza, comprendió casi el sentido de sus reticencias misteriosas.

—¿Cómo se llama usted?

Y, al comprobar las sospechas terri-

bles, sintió que palidecía con palidez de muerte. De tal modo le huyó la sangre del corazón, que sus dientes castañetearon con verdadero frío. Era Sousa, Aquilino Sousa, el famoso revolucionario por quien un día Aurea de Palmalla dejó la casa del marido y se expuso a tantos riesgos. La prisión de don Nuño había dado motivo a que se hablase de todos los refugiados de Fontevea. Supo entonces que Aurea estaba allí, y la promesa de la libertad fué acaso un acicate para conquistarla más pronto. Aurea no había venido tal vez con otro objeto que el de esperarle...

Y se detuvo don Nuño, como quien, en la noche traidora, ha recibido un balazo, una herida, no sabe dónde, pero que le ofusca el pensamiento y le paraliza la acción. Con instintivo impulso de defensa, quiso arrojarle sobre aquel hombre, que de tal modo, tan artera, tan traicioneramente, le mataba. Pero en el acto comprendió que el pobre no tenía culpa de sus desdichas. ¿Cómo no amar a Aurea de Palmalla? ¿Cómo no exponerse a todo por correr a su lado, si él, que nunca una palabra de amor le había oído, estuvo dispuesto a realizar el más execrable de los delitos sólo por a ella sentirse ligado en algo? Y una idea más cruel lo atravesó todavía. Aquella mujer que en Fontevea quedaba, lo veía ahora claro, no tenía el menor interés en la salvación de su pueblo. Había venido únicamente por amor de un hombre a cum-

plir palabras que tal vez le diera, a trabajar, sin detenerse en medios, por verlo libre. Consciente de los sentimientos que a él, a don Nuño, logró inspirarle, los alentó, no para bien de la patria, sino en favor de su egoísmo. Y segura de no verse jamás en el trance de cumplir tales promesas, llegaba incluso a casi ofrecerle su amor en pago de un crimen ya sin justificaciones, de un crimen repugnante, de un crimen vilísimo. Por amor de otro, tal vez simplemente por el impuro deseo de un hombre, no le importaba sacrificar vidas y sumir acaso a la patria en peores y más dolorosos trastornos. El no se dió cuenta, él obedeció como un muñeco, sin voluntad...

Había estado minutos hacia por volverse, y siguió ya. Siguió adelante creyendo que la mano incapaz de alzarse en la patria para el crimen, se armaría

verdaderamente grandes cuando se realizan en verdadera pureza, con alma serena y clara, como la de un niño. De otro modo, podrán valer por la obra realizada, pero condenan ante toda conciencia noble a quien los comete.

La barca de que se apoderaron en la orilla solitaria, iba alejándose poco a poco, y don Nuño revivía. Aquilino Sousa no era, como pensó hasta entonces, el amante de Aurea de Palmalla, y tal vez ensueños que tanto le acariciaron fuesen ya posibles como nunca. Y sólo una sombra enturbiaba ya el alma de don Nuño. Sólo el miedo a la proximidad del rival, odiado un día, al realizar su acción innoble, pero amado antes con amor que podría fácilmente florecer una vez el perdón conseguido...

Era ancho el río, casi tan ancho como un brazo de mar. En frente rebrillaban las luces del pequeño pueblo fronterizo, y a la espalda erguía la sombría mole de la ciudadela. Remaban, callados ahora, los dos hombres. Remaban... Y, de pronto, cerca aún de la ribera enemiga, a enorme distancia de la playa de salvación, la barca tropezó en una piedra, y Sousa, que se había levantado para arreglar un tolete del remo, cayó al agua. No sabía nadar; don Nuño lo comprendió muy pronto, al verlo arrastrado por la corriente, y tuvo una alegría confusa, que le calentaba extrañamente el corazón. Tampoco sabía nadar él, y, sin sombras en la conciencia, era inevitable la muerte de aquel hombre, única sombra que ya se levantaba a nublar el radiante cielo de su vida...

Pero, sin casi darse cuenta, le arrojó un remo y dejó que la barca siguiese su mismo curso. Aferrado al leve madero, entreñotaba el hombre, y la corriente lo iba así llevando hacia ciertos raudales del río, donde la muerte era segura. Don Nuño aún tenía otro remo con el cual seguir hasta la otra orilla y salvarse. Pero una fuerza superior a toda reflexión le obligaba a interesarse por aquel hombre indefenso. Amándole Aurea y triunfante ante ella, lo hubiera matado sin piedad. Pero allí, solos los dos y sin otro auxilio que su nobleza, no podía abandonarlo. Era para él como un niño sin más nadie en el mundo; una pobre vida a su generosidad confiada, por quien tenía fuerzas para hacerle olvidar el remordimiento del otro crimen, y solo exigía, en cambio, este deseo recóndito de no mancharse con un crimen verdadero...

Bajo la barca sintió que aumentaba la corriente, y tembló con mortal angustia dándose cuenta del peligro. Entraban en la zona del violento raudal; se acercaban a los peñascales de los que él aún podía huir, pero donde dentro de unos minutos estaría fatalmente destrozado el cuerpo de su compañero. ¡Y qué alegría! De pronto, hacia su izquierda, oyó voces. Estaba descubierta la fuga. A la claridad del alba vió que los soldados llegaban en tropel hacia la ribera. El aún podía salvarse, huyendo, expuesto tan sólo al peligro de alguna bala. Pero apenas lo pensó. No se acordó siquiera de los tormentos de la cárcel y la condena de muerte que sobre él pesaba. Vió tan sólo en aquellos hombres la salvación providencial del naufragio, y allí, en la otra orilla, en la orilla salvadora a que renunciaba para siempre, unos ojos mirándole con todo el amor del mundo. Tan pronto él diese voces pidiendo auxilio, diciendo que un hombre se ahogaba, aquellos soldados acudirían en una de las barcas de la orilla a detenerle; pero en otra a sacar de las aguas al naufrago.

Y las dió.

Francisco CAMBA

Dibujos de Agustín.



alegremente para la venganza en el destierro.

Pero Aquilino Sousa habló.

—Usted todavía no sabe lo que esa mujer vale, el gran corazón que tiene. Noble, educada en casa tan poderosa, con servidores que eran verdaderos esclavos, por nadie se interesó tanto nunca como por los oprimidos. Yo la conozco bien. Dicen de ella que carece de entrañas, que ha matado gente con sus mismas manos, que ha inspirado crímenes. Es el último es verdad. Pero crímenes humanitarios, crímenes salvadores, dando por ellos todo cuanto tenía, hasta las gracias de su cuerpo, ya que no el amor de su alma, pues no ha encontrado aún, según mil veces le he oído, el alma hermana a quien consagrarse enteramente. Los hombres la obedecían, más por la esperanza de sus caricias que por la grandeza de la obra. Pero ninguno logró de ella nada más. A mí mismo, a quien casi amó, un día estuvo a punto de matarme. Tuve la mala idea de abofetear a la hija indefensa del tirano muerto, y Aurea, en el acto, me disparó un tiro, del que salvé milagrosamente. Desde entonces, todo acabó entre nosotros, y al acercarme a su lado no crea usted que llevo esperanza alguna. No soy para ella, no tengo la pureza que su corazón necesita. «Crímenes como los nuestros—le he oído también—sólo son

El principio de un cuento de las mil y una noches

Todos sabéis la *Historia del Pescador*, traducida de antiguos manuscritos árabes por M. Galland.

Cierta día, un pobre viejo, que, como de costumbre, buscaba en las aguas del mar el sustento de numerosa prole, sacó, aprisionada entre sus redes, una pequeña urna de metal rojo. Movido por un deseo bien natural, esforzose en abrirla, y, al lograrlo, escapose de ella humo espesísimo que, elevándose poco a poco hasta las nubes, se convirtió súbitamente en un *div* o genio, de un *idem* tan endemoniado, que saludó a su libertador diciéndole que se preparase a morir.

Ante las amargas reconvenciones del viejecillo, el terrible precursor de Papús explicó su inverosímil conducta. Encerrado en cárcel tan estrecha por orden de Salomón, habíase prometido durante los primeros años de cautividad enriquecer al hombre venturoso que le libertara; después, en un momento de salvaje furor, había jurado solemnemente quitar la vida al desdichado que le prestase semejante servicio. Lo sentía de veras, ¡jinojo!, pero tenía que cumplir su juramento.

Juzgo inútil reproducir en estas columnas, copiándola de *Las mil y una noches*, la treta graciosísima de que se valió el pescador para salvar la piel; pero me parece oportuno no dejar en silencio por qué clase de culpas fué castigado el pedazo de bruto que quería reventar a su libertador.

Es una historia vulgarísima entre judíos y árabes, y aún se me antoja que a ella se alude en algún versículo del Corán.

Salomón, hijo de David y de la hermosa Bethsabée, poseía un anillo que obraba toda clase de maravillas. Era de cobre y oro, y en él se hallaba grabado, por mano de los querubines, el verdadero nombre del Altísimo, «ese nombre que los simples mortales no pueden escribir ni conservar en la memoria, y que posee la excelsa virtud de ser más grato al Señor que todos los otros con que se dirigen a El las criaturas».

Cada vez que Su Majestad hierosolimitana sentía—lo diré como pueda—la necesidad de visitar cierta excusada habitación de su palacio, depositaba el anillo maravilloso en manos de la bella mujer, última copartícipe del regio tá-lamo, pues conservar la alhaja en la ocasión y paraje mencionados habría sido grave profanación.

Conocedor de semejante costumbre, Ifris, que este era el nombre del mal genio que nos ocupa, determinó apoderarse del nunca bien ponderado talismán. «Con él—decíase—seré amo de Salomón el Grande, y dueño de sus tesoros, y rey del mismo mundo.» Y pensando así, se refa el indino, que odiaba al monarca israelita como Caín a Abel, por envidia de su virtud.

Era algo tonto el pobre genio; pero aconsejado por cierto demonio más listo que él y tan mala persona, esperó a que estuviese de servicio la más joven y cándida de las esposas reales—conviene recordar el número de éstas para apreciar debidamente la cachaza de Ifris—, y disfrazándose de Salomón, no como hoy se acostumbra, con una triste toga y un birrete de catedrático, sino caracterizándose admirablemente, consiguió engañar a la muchacha.

Cuando el más sabio de los hombres salió del departamento de que antes hablé y no encontró a la jovencilla—que se había retirado a sus habitaciones particulares por orden del *div*—, armó un escándalo de P P y W. ¡Qué gritos los suyos! ¡Cómo puso a la inocente chicuela! ¡Qué soeces palabrotas soltó en idioma hebreo!

Al oír los destemplados gritos del soberano de Israel, guardias, cortesanos y pinchies de cocina acudieron atropelladamente, y no reconociendo a su amo en aquel hombre congestionado por la cólera y medio desnudo, tras de molerle a

do. Afligido por tan distintos males, tuvo que caminar toda la noche, porque, ¡ay!, en las cercanías de la urbe que tantos beneficios le debía no se hallaba seguro.

A las siete de la mañana, minuto más o menos, llegó en muy lamentable estado a la orilla de un río, donde se encontraban varios pescadores amaleticos desayunándose. Salomón saludóles humilde y les pidió alguna cosa que yantar.

—Siéntate y come—le dijo el que parecía jefe de los otros—; pero sabe que luego has de echar mano a las redes, pues en esta tierra—ignoro si añadió «caduca»—quien no trabaja no manduca.



garrotazos, ¡infeliz!, le pusieron de patitas en la calle.

Ya en ésta, que era nada menos que la Gran Vía de Jerusalén, hizo Su Majestad lo que habría hecho cualquier tonto del bote en parecida situación: fué casa por casa a visitar a sus amigos y parientes, con el fin de referirles lo ocurrido y pedirles amparo.

El resultado de una jornada entera de ruegos y humillaciones no pudo ser peor. Todos los sacerdotes y ancianos israelitas le desconocieron. Su primo, el príncipe Caifás, tomándole por un beodo, le despidió con palabras severas. Los criados de su hija, la infanta Salomé, le persiguieron por las callejas, apedreándole.

Huyendo de la cruel chusma, salió el triste de la ciudad. Sentía un hambre canina, le atormentaba la sed, tenía frío y le dolía horriblemente una oreja en la cual había recibido un cantazo tremen-

—Muy bien—contestó el hijo de David.

Conque comió y bebió copiosamente, y después se dedicó a pescar con tanta maña y buena fortuna, que aquella honrada gente, cuando llegó el momento de dar por terminadas las faenas del día, creyó justo recompensar al compañero Salomón con dos hermosas truchas asalomonadas. Por cierto que una de ellas sirvió a Su Real Majestad para conseguir alojamiento en casa de una viejecilla amiga de los pescadores.

A la mañana siguiente, después de alguna tentativa para ser reconocido por sus parientes y familiares, tentativa que tuvo el mismo éxito desgraciado que las primeras, volvió el destronado monarca a reunirse con sus nuevos amigos, en cuyas tareas piscatorias tomó parte, siendo remunerado por ellos de igual modo que la víspera y terminando la jornada como el día anterior.

Toda una semana transcurrió de tal suerte.

Mientras tanto, Ifris, igual en esto a cualquier avaro de comedia, no lograba descansar, temeroso de que le robaran la sortija o se le saliese del dedo, pues, como hecha a la medida de Salomón el Grande, le venía muy ancha.

—¡Qué haré!—decía el misero genio, desesperado—. ¡Qué haré!

Al cabo hizo lo menos oportuno y juicio: salió una noche secretamente de Jerusalén y arrojó la alhaja en un riachuelo vecino al valle de Gibeon Hinnon.

Fué entonces cuando Dios misericordioso, compadecido de su siervo, que sufría resignado la mayor desventura que puede afligir a los hombres—acordarse de los tiempos felices en la desgracia—, permitió que una trucha sencilla se tragase la tumbaga aladinesca; dispuso que dicho pez fuese uno de los dos que cotidianamente entregaban al hijo de David, en premio de sus servicios; quiso, por último, que Salomón, al condimentar su frugal cena, encontrase en la tripa del pescado la joya que lloraba perdida para siempre. Cosa parecida le había de suceder al tirano Polícrates algunos siglos más tarde, según el amigo Herodoto de Halicarnaso.

Lo que ocurrió seguidamente, se adivina. Ya en posesión del precioso amuleto, el autor del *Cantar de los cantares* tornó a brillar en su corte fastuosa, y el *div*, temiendo el castigo a que se había hecho acreedor, huyó a esconderse en las profundidades del mar.

Allí, creyendo que ni el más hábil policía podría encontrarle, juzgóse seguro.

El pobre diablo se engañaba. Salomón dejó transcurrir algunos meses, a fin de que arraigase firmemente tan equivocada idea en el ánimo del más estúpido de los genios, y, cuando le pareció oportuno, llamó al fiel Assaf y a dos docenas de *divs* y *peris* y les ordenó que se apoderasen del cuitado.

Cierta mañana, unos y otras, cumpliendo las instrucciones salomónicas, disemináronse por las orillas del mar filisteo, dando fenomenales alaridos.

El miserable Ifris, impulsado por la curiosidad, enfermedad común a todo linaje de criaturas, abandonó su guarida, se acercó a la costa, sacó de las aguas su estúpida cabeza y reconociendo entre los alborotadores a varios compañeros de la infancia, les preguntó el motivo de tantas lágrimas, de tamaños suspiros, de lamentos tan grandes.

—Lloramos la muerte de Salomón—contestaron ellos.

Henchido de gozo por el fallecimiento de su mayor enemigo, saltó Ifris a tierra y se puso a bailar; pero su alegría trocóse en desesperación cuando, agarrándole Assaf por las orejas, le llevó ante Su Majestad hierosolimitana.

Entonces fué, si no mientan los historiadores orientales, cuando el hijo de la señora viuda de Uriás pronunció las palabras conservadas en los *Proverbios*:

«Los impíos no morarán sobre la tierra».

E inmediatamente ordenó que Ifris, encerrado en una urna de cobre, fuese arrojado al mar *internum*.

He aquí lo que se quedaron sin saber Dinazarda y Schahriar, por olvido imperdonable de la sultana Scherezada.

José FERNÁNDEZ AMADOR DE LOS RÍOS

LA TRADICIÓN DE SAN ISIDRO

SIEMPRE se ha dicho que la verdadera historia está por hacer. ¡Quién sabe la suma de verdad que hay en esta especie de afirmación! Las reseñas de reinados y biografías de monarcas, datos tan sospechosos para quien busque una sombra de imparcialidad y de verdad, han sido las normas que, generalmente, han seguido los historiadores para el cumplimiento de su misión. El espíritu rutinario ha enfilado a unos tras otros, y las fuentes más claras han sido desafiadas.

Este año se ha celebrado en Madrid, y no por cierto de una manera efusivamente popular, el centenario de la canonización de San Isidro. Nada se ha escrito particularmente que pueda interesar en aclaraciones o rectificaciones a la biografía del santo labrador, cuyas historias son todas anteriores al siglo XIX y repiten conceptos tradicionales. Se ha recordado con justicia lo más bello, que es el poema de Lope. Esta es la exaltación lírica de aquella piadosa figura; pero en el examen histórico siguen aceptándose sin revisión los textos de Juan Diácono y de sus comentadores.

Existe un tesoro documental, que son las «Relaciones topográficas de los pueblos de España», mandadas hacer por Felipe II, donde se hallan aclaraciones y sorpresas en muchos temas que pasan por indiscutidos. Es la historia viva, conservada en manuscritos que se hallan en la Biblioteca de El Escorial y de los cuales existe copia en la Academia de la Historia. Se han impreso algunas veces, y no por completo. Don Juan Catalina García las dio a la estampa. También publicó otra serie el padre Miguélez, dándole el título de «Relaciones histórico-topográficas de los pueblos de España». Y don Juan Ortega y Rubio publicó una selección de ellas poco tiempo antes de morir. El preclaro don Fermín Caballero las tomó como asunto para su discurso de ingreso en la Academia Española, trabajo importantísimo y ya muy curioso por no conservarse ejemplares de él.

Fué el doctor Juan Pérez de Castro, cronista de Carlos V y de Felipe II, quien ideó formular un interrogatorio que, dirigido a cada pueblo, sirviera para la formación de la papeleta o ficha, por decirlo así, de cada lugar, con detalles geográficos, históricos, artísticos, jurídicos, sociológicos y de otras diversas materias. Dió el rey los papeles de Pérez a Ambrosio de Morales, y, después, él mismo dispuso otro cuestionario encaminado al mismo fin. Esto era en 1574, y en 1575 decidió otro tercero, que llevaba cincuenta y nueve preguntas. Pero no debieron de satisfacerle al monarca las respuestas, por cuanto el 7 de agosto de 1578 dispuso el cuarto interrogatorio, con cuarenta y cinco capítulos. Por cierto que el padre Miguélez apunta la idea de que pudo ser Gracián el encargado de formar el último y definitivo cuestionario.

Y en esas relaciones, aparece de una manera clara y escueta, con la voz del tiempo allí escondida, la Historia, tal y como probablemente es. Y la otra, la que corre impresa desde hace tiempo, aparece en muchos casos modificada esencialmente, cuando no rectificada de sorprendente manera. En la jornada de Villalar, por ejemplo, aparece con toda su simplicidad angustiadora la prisión de Padilla. Don Alonso de la Cueva, nieto del hermano de don Beltrán, era comendador y señor de la villa de Bedmar, en

el reino de Jaén. Gran guerrero y fiel a don Carlos, el día antes de la batalla le preguntaron lo que pensaba hacer. Contestó que morir o prender al cabeza de los comuneros, Juan de Padilla. Al otro día, como viese salir al capitán toledano al frente de los suyos, don Alonso, montado en su caballo y armado de todas armas, hirió con su lanza en el rostro a Padilla, que llevaba alzada la visera, y lo derrocó y prendió por su sola persona, y lo sacó del combate, no queriendo, aunque era pobre, recibir cincuenta mil ducados que Juan de Padilla le daba por su libertad, y le entregó a los ministros del emperador.

Peregrina curiosidad es, particularmente en esas «Relaciones», aquella revelación de los vecinos de La Despernada, lugar próximo a Madrid que se llama Villanueva de la Cañada, y que recibía su antiguo nombre de un real sitio que allí estableció don Juan II y continuó don Enrique IV. Aquel rey, poeta y fastuoso, y este otro, músico y huraño, que gustaba de la soledad de las selvas, placíanse en el bosque y palacio que poseían en ese lugar. Bella estatua de piedra, representando una figura de mujer, hallábase a la entrada del bosque donde se retiraban para sus placeres aquellos monarcas que sentían llegar la gracia artística y pagana del Renacimiento. Y como el camino real de Segovia a Toledo pasaba por allí delante, los caminantes, bastante ajenos al gentil espíritu de sus príncipes, se divertían en arrojar piedras a la estatua, hasta que la quebraron la pierna.

De eso vino a aquel lugar el nombre de

La Despernada, y allí existía como verdad indudable nada menos que la afirmación de que era el pueblo natal de Barbarroja. Y era cierto, que hablando con un clérigo que había en Alcalá de Henares y era natural de La Despernada, un hombre que había estado en Argel rescatando cautivos con un fraile de la Merced, le dijo cómo había tenido ocasión de comunicarse con el famoso corsario. Preguntóle Barbarroja de qué tierra era, y contestó que de tierra de Madrid. Entonces Barbarroja le contestó que él también, y que había nacido en La Despernada, en una casa pajiza que tenía un portal tejado por delante y estaba cerca de un mesón y de una laguna que está dentro de dicho lugar, y que se había criado en una alcañía y labranza que se dice el Vétago, guardando ganado.

Quien esto decía atestiguaba con gente viva, y en el lugar mencionado había vecinos que recordaban la casa citada por aquel tremendo dueño del mar. El obispo Sandoval, al hacer la descripción de la figura de Barbarroja, afirmaba que preciábase de hablar la lengua castellana y que casi todo su servicio era de españoles. No existen, en ese caso, los hijos del alfarero de Lesbos, y nos hallamos que una de las grandes figuras de aquel siglo tan pródigo en ellas, el formidable Barbarroja, era más español que el propio Carlos V.

Cito estas modificaciones históricas para consignar, procedente del mismo origen, una aseveración interesante respecto de la tradición de San Isidro. En la información que hacen dos habitantes de

Aldovera, hoy despoblado en la provincia de Guadalajara y entonces lugar que había sido pueblo y sólo conservaba siete casas de labor de vecinos de Albalade y Almonacid, aparece una declaración que merece ser transcrita tal y como fue hecha:

«Dícese que en este pueblo hubo un hombre de santa vida, que se decía Isidro, que estaba a soldada con un vecino de este lugar y tenía destajado en su soldada con el amo que había de oír misa cada día, y que hizo Dios Nuestro Señor por él en su vida muchos milagros; porque se dice que, yendo el amo a ver lo que hacía, tenía poco arado, y el amo hubo enojo con él, y el santo había arado poco por haber estado en oración y contemplación, y prometió al amo que él enmendaría al día siguiente aquella falta. Al otro día, yendo el amo a verlo, vido, antes que llegase, arando dos pares de mulas en su hacienda, y desde que llegó no vio más de sus mulas y arado como de dos pares; el amo le preguntó que si le había ayudado a arar alguién, y como el santo no había visto que le ayudase alguién, dijo que no, y el amo calló lo que había visto entonces.

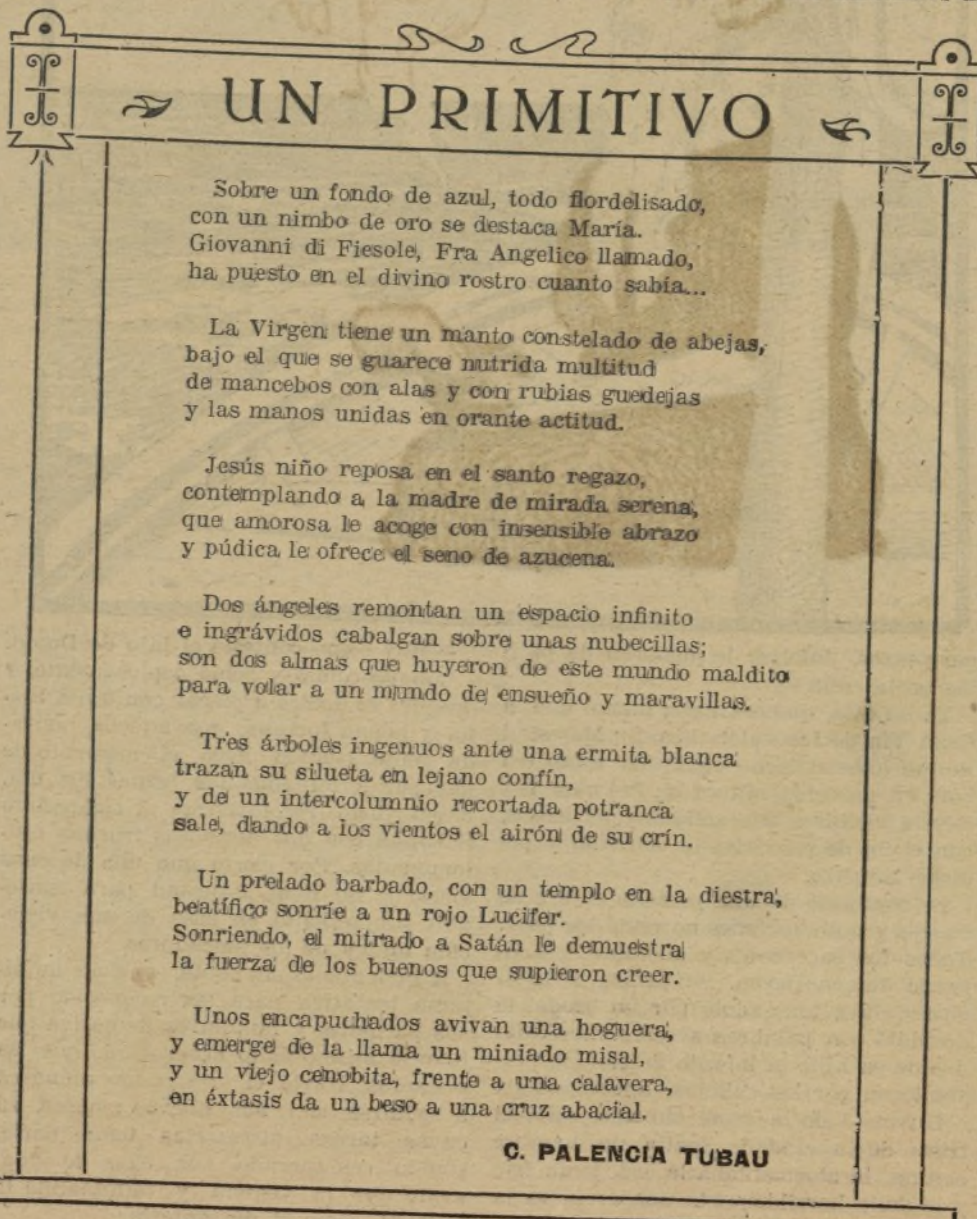
También se dice que un arroyo de agua que nace en la cabecera de la vega, de grueso de un muslo, muy cierto y continua siempre, fué por milagro que hizo Nuestro Señor por el Santo hombre, yendo el amo a verlo en el verano, que hacía mucho calor, le preguntó que si daba agua a sus mulas, y él le dijo que sí, y el amo le tornó a preguntar que adónde, porque entonces no había agua por allí, y que el santo dió un golpe con el aguijada y le dijo: aquí, y aquí salió aquel arroyo de agua, y desde que el amo vido el milagro, le dijo que él quería ser de allí adelante su criado y que él mandase en su hacienda.

«Después que este santo murió, tenían los huesos en un relicario, y un año muy estéril y falto de agua al verano, allá en abril o mayo, llevaron los de este lugar en procesión los huesos de este santo a la fuente que se dice la fuente del Santo Isidro, y el clérigo los metió en la fuente; aunque hacía el día claro cuando salió la procesión, a la vuelta para el pueblo llovió mucho, y esto yo, Mateo Sánchez, que sería de edad de siete u ocho años, lo vi, y habrá ahora setenta y nueve años, que voy con el siglo y soy uno de los que declaran.»

He aquí cómo en esa relación, fechada ante el escribano Cristóbal García el 4 de febrero de 1579, tenemos en un pueblo alcarreño el mismo San Isidro y con los mismos milagros que en Madrid. Esto se decía antes de la canonización y de la beatificación de aquel piadoso labriego, y no se refiere a un hombre que estuviese circunstancialmente en Aldovera, sino que se hace constar que murió allí, donde conservaban sus huesos. Reliquias que se oponen a la momia perfectamente conservada que se guarda en la catedral de Madrid.

He aquí un nuevo motivo de vacilación, de duda, ante una cuestión que parecía indiscutible. Pudo la tradición ir de Madrid a Aldovera. Pero queda con una fuerza positiva la declaración del que aseguraba haber visto en aquel pueblo sacar los huesos del venerable Isidro para impetrar la lluvia. Y la confusión inquietante surge ante la posible realidad histórica de una figura legendaria.

Pedro de REPIDE



El tesoro de Bécquer

Los tipos populares

URANTE su estancia en el Monasterio de Veruela, hubo momento en que el cisme sevillano le sonrió la esperanza. Había ya publicado en *El Contemporáneo* sus famosas cartas, que, dicho sea entre paréntesis, aparecieron sin firma, como casi todos sus trabajos, pero que sorprendieron a los lectores por su novedad, emoción, ternura y melancolía. Revelación de un espíritu soberano y exquisito, envuelto en humana forma, para mayor cautividad y tristeza, eran las cartas voz de aquel atormentado corazón que padeció tanto en el mundo. Llenas están de grandeza y de poesía, como todos saben, y no hay que descubrir a nadie este nuevo Mediterráneo.

Decíamos, pues, que en la dolorosa existencia de Gustavo Adolfo Bécquer hubo un instante en que el maravilloso poeta abrió su alma a una ilusión de felicidad, pues creyó que podría ser rico. Fué con motivo de un descubrimiento que hizo cierto día en que, según costumbre, caminaba sin rumbo ni plan por los alrededores del Monasterio; día fausto y lisonjero para el desterrado, que halló una mal disimulada abertura, entrada quizás de algún desconocido subterráneo.

Detúvose afanoso e intrigado, y observó restos de algo que pudiera ser valiosísimo. Al día siguiente volvió, y con diligentes y minuciosos análisis, se puso a examinar el terreno y a proseguir sus pesquisas, que seguramente le dieron el resultado apetecido, pues con singular regocijo comunicó la noticia del hallazgo a su hermano Valeriano. Discutieron y estudiaron el asunto ambos; pero fué para deducir la consecuencia de que, aun siendo cierto lo que suponían, ¿cómo extraer el fabuloso tesoro y, luego, cómo transportarlo?...

Había que desistir del proyecto o aplazarlo al menos.

Tenaz y porfiado, Gustavo Adolfo no dejó de soñar con el tesoro que allí existía, y, muerto Valeriano, comunicó el secreto a Bernardo Rico, que, al escuchar a Bécquer, se limitó a sonreír con escepticismo doloroso y a decir:

—¡Tesoros! Habrá que comprar primeramente el terreno. Y dime tú: ¿cuándo

dió el Arte en España el dinero necesario para comprar, no ya un Monasterio, sino una misera casita?

Convencido por su amigo, no quiso Bécquer pensar más en aquello. Y, sin embargo, no podía sustraerse a la sugestión de aquellas riquezas guardadas por la tierra y con cuya posesión soñaba a todas horas.

¿Fué ilusión? ¿Fué realidad la existencia del tesoro? Bécquer vivió siempre soñando. Su vida entera fué un continuo delirio, del que no despertó hasta que le redimió la muerte; pero, a pesar de las fantásticas cualidades de su imaginación, ¿por qué no admitir la posibilidad de su descubrimiento o de sus indicios?

Balzac también se propuso explotar las ruinas de una antiquísima fundición de plata, y se le tuvo por loco. Y, no obstante, unos hombres de negocios, andando el tiempo, intentaron y llevaron a cabo la misma empresa, y obtuvieron provecho y gloria.

Juan LOPEZ NUÑEZ

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—Madrid.
Librería, Caballero de Gracia, 28.

Últimas novedades:

	Pesetas.
EL CABALLERO AUDAZ: <i>El pozo de las pasiones</i> , nueva edición aumentada (novela).....	5
CARRERE: <i>La mala pasión</i> (novela).....	4
SAN GERMAN OCAÑA: <i>La ruta de los cautivos</i> (novela).....	4
VERLAINE: <i>Cordura (Sagesse)</i> traducción, en verso, de Díaz Canedo.....	4
GOMEZ CARRILLO: <i>El quinto libro de las crónicas</i> (novela)....	4,50
HERNANDEZ CATA: <i>La muerte nueva</i> (novela).....	5
DOCTOR CESAR JUARROS: <i>La ciudad de los ojos bellos</i> (Tetuán). 5	
Pedidos directamente a «MUNDO LATINO»	
Apartado 502	

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que "en ningún caso" nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

El charlatán de plaza pública, para que se le pueda escuchar, es preciso que sea hombre de ingenio, de gran vivacidad. Su oratoria tiene que ser cálida, recia. A sus conceptos duros, debe acompañar el gesto, la mirada, la sonrisa. Sus movimientos deben ser rápidos. Sus contracciones, nerviosas.

Si no es así, no logrará jamás tener su público ni hacer su negocio.

Uno de estos tipos especiales anda por el mundo hace muchos años, recorriendo todas las ferias de España.



León Salvador, el "as" de los charlatanes

Se le conoce por el as de los charlatanes, no sólo por la simpatía que despierta su charla amena, sino por poseer un don especial, que cautiva al público que le escucha, que le hace estar siempre pendiente de lo que pueda decir.

Hombre de ingenio sutil, entretiene al público con anécdotas y chistes, que causan gran hilaridad, mientras le presenta el objeto para subastar.

Este tipo popular es León Salvador. De cómo trabaja este as de los charlatanes, hemos de relatar uno de los casos que hemos presenciado.

Presenta al público un reloj de marca, un bolsillo de malla de plata u otro ob-

jeto cualquiera. Mientras lo exhibe con una mano, con la otra toma del cajón un billete, o un puñado de duros, que esconde, naturalmente, entre la palma de la mano. Y lo subasta todo. A veces, pierde en la subasta. Mas esto no le interesa. El lo que quiere es que le escuchan; que le rodee su público de siempre.

Otras veces, para demostrar que la desconfianza y el recelo del público son infundados—las más de las veces—, subasta duros legítimos a cuatro pesetas. Y no encuentra postor ni por casuali-

dad. Entonces hay que escuchar a este as de los charlatanes la sátira fina, pero despiadada, que emplea, y que el público celebra entre ruidosas carcajadas.

La variación de los artículos que presenta, forman un verdadero bazar.

Pero objetos buenos. Nada de chatarra. Relojes de marca, cubiertos, bolsillos, esencias, perfumería. ¡Milagro!...

Dicen los que conocen a este popular charlatán, que los inviernos los pasa en el Extranjero, donde realiza compras por muchos miles de francos...

Pero esto no nos interesa. Sólo su figura y su arte merece este reotiparse como un ejemplar de mérito.

Instituto Católico Complutense

ARENAL, 26, PRAL.-APARTADO 269

Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar.

Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado.—Magnífico internado.—Pensión 170 pesetas.

Director: MANUEL MOIX GOMBAU
Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid

Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU
Presbítero

TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwil (Suiza). Pídanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.)

VALVERDE, 20. — MADRID



Medias y calcetines de todas clases a precios reducidos. LA ESTRELLA, Hortaleza, 82 (esquina a Augusto Figueroa).

Esta casa está preparando pieles confeccionadas para la próxima temporada de invierno.

Pedid Coñac Lion d'or

MOTOCICLETAS

ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES

ALVAREZ HERMANOS

SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES

Fábrica: PACIFICO, 12
TELEFONO M 17-65

ESMALTE ORO "EL SOL"

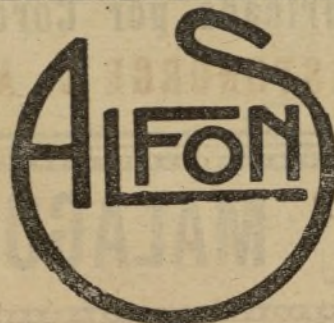
para dorar cuadros, espejos y retablos.

La Casa más surtida en colores

FLORENTINO PEREZ (S. en C.)

Sucesores de Díaz Herrera

HORTALEZA, 17



FUENCARRAL 6. MADRID.

FOTOGRAFO
TOLEDO 63. MADRID.

ODEON

es y será siempre la marca de DISCOS que ofrezca mayores novedades.

Todos los grandes artistas colaboran en ella, y su repertorio reúne todos los géneros.

Ventas

a plazos

con

precios

de

contado.

Envíos

a

provincias

aparatos

con

botina

o sin ella.



Pida usted catálogo y condiciones a
ODEÓN - Preciados, 1 - MADRID

FABRICA DE RELOJES

CARLOS COPPEL



FUENCARRAL 27
MADRID

CERTIFICADO DE GARANTIA CON CADA RELOJ
REMESAS A PROVINCIAS CATALOGOS GRATIS

ESPECIALIDAD: RELOJES CON ESFERA LUMINOSA CON RADIUM
(SE VE EN LA OSCURIDAD, SIN LUZ)

CALLOS

Si sufre usted de los pies
es porque quiere. Compre
hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-
ted libre de callos y du-
rezas, juanetes y ojos de
gallo. Pruébelo y quedará
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50.- Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO
PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



NERVIOSINA DE T. GONZALEZ De venta en farmacias

QUIOSCO DE EL IMPARCIAL Calle de Alcalá esquina a Barquillo.
Se admiten suscripciones y anuncios.

PHILIPS

FILAMENTO METÁLICO



CONSTRUCCIÓN NUEVA Y MÁS MODERNA

LOS GANCHITOS QUE SOSTIENEN
LOS FILAMENTOS SON FINOS Y FLE-
XIBLES, LO MISMO LOS DE ARRIBA
(EN OTRAS MARCAS SON RÍGIDOS).
COMO LOS DE ABAJO, PARA AMORTI-
GUAR LOS GOLPES Y TREPIDACIONES

DOBLE DURACIÓN

Exijan marca PHILIPS sobre el cristal De venta en todas partes

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO

MADRID: San Agustín, 2. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

CORONA

La máquina de
escribir perfecta



Se dobla como
un libro

Sólo cuesta
500 pesetas

Fabricada por Corona Typewriter Co. Groton
GASTONORGE C. A.—Sevilla, 16.—MADRID

"Anís Balmaseda" MALAGÓN (Ciudad Real)